

# **RESCATE DE DOS CAUTIVAS. CONSTANCIA Y PADECIMIENTO DE UNA MADRE EN LA PAMPA ARGENTINA A MEDIADOS DEL SIGLO XIX**

María Cecilia Stroppa  
Universidad Nacional de Rosario

Leyendo periódicos del siglo XIX encontramos una noticia presentada de forma inusual por su formato, en dos números seguidos del Diario *La Capital* de Rosario (el 14 y 15 de abril de 1869), debido fundamentalmente a su longitud.

Una familia de Río Cuarto sufre los efectos de un malón indígena y dos de sus hijas son capturadas como cautivas. Después de reponerse y juntar dinero para el rescate la madre parte en su búsqueda en dos viajes narrados, día por día, a un periodista del diario mencionado, aventurándose en un espacio desconocido y arriesgándose a todo para lograr felizmente su objetivo. En primer término llama la atención cómo el viaje en sí está presentado jornada a jornada. Lo vemos a continuación, transcripto de su versión original.

***La Capital*, 14 de abril de 1869, N° 432**

**“Las tribus salvajes del desierto. Caravana en las pampas. Lo que cuesta el rescate de dos cautivas. Constancia y padecimiento de una madre”.**

En noviembre de 1866 habitaban en la Villa del Río Cuarto, provincia de Córdoba, Doña Natividad Freytes, natural de dicha Villa, de 40 años de edad, casada con Marcos Villarreal de 50 años. Tenían siete hijos. Esta familia vivía tranquila y feliz en medio de su pobreza, merced a la laboriosidad de Villarreal y las economías de Doña Natividad.

Hacía poco más de un año que Epifanía, la mayor de las hijas se había casado. Tenía un niño de 21 días en los brazos y conversaba tranquilamente con la madre cuando fueron sorprendidas por la invasión que efectuaron los indios el 22 de noviembre de 1866.

El rancho de esta desgraciada familia fue saqueado. Los bárbaros arrebataron la criatura que tenía la joven Epifanía en sus brazos y la arrojaron al suelo, llevándose a la madre así como a Doña Natividad, a su esposo Villarreal y a la niñita Eusebia de seis años habiendo logrado esconderse el resto de la familia.

El llanto y los ruegos de Doña Natividad que estaba encinta ablandó a los indios y la dejaron, desnudándola previamente y lo mismo hicieron con Villarreal.

Sabido es que los indios prefieren matar a cautivar hombres o mujeres de mayor edad.

Al retirarse los indios precipitadamente después de haber hecho 79 cautivos jóvenes de ambos sexos y un abundante botín, abandonaron a Doña Natividad y a Villarreal en el estado deplorable de desnudez que ya se ha dicho, quedando estos infelices en la más desesperante situación.

Doña Natividad cayó enferma esa misma noche y dio a luz un niño. Véase esta mujer un día después con dos niños de pecho, pues el que arrojaron los indios al suelo de su hija Epifanía, no había muerto del golpe.

La caridad de compasivos vecinos la ayudó en tan inflingentes circunstancias, pero el susto recibido, el cautiverio de sus dos hijas y su estado de indignancia, entontecieron su ánimo; Doña Natividad estaba loca...!

Seis meses después empezó a mejorar y cuando se creyó con bastantes fuerzas concibió el proyecto de irse a Córdoba; para el efecto obtuvo una carta de recomendación del cura de la Villa para el Sr. Provisor de la ciudad de Córdoba. Con el auxilio y eficaz protección de este prelado pudo recoger una cantidad como de 200 pesos plata boliviana entre las personas caritativas de aquella ciudad, incluyendo 50 pesos con que la favoreció el Gobierno del Sr. Luque. En el Río Cuarto a su regreso, incitó la caridad de sus vecinos y pudo reunir 100 pesos más a lo que agregado a lo que ella tenía, producto de algunos animales de su propiedad que vendió, reunía una cantidad de 400 pesos.

Dispuesta a ir en persona a rescatar a su hija mayor, hizo las diligencias necesarias para proveerse de un baqueano. Supo que el Teniente de Guardas Nacionales D. Eduardo Mercado estaba dispuesto a internarse al desierto con el objeto de rescatar otros cautivos; lo habló y acordaron marchar juntos. En esas circunstancias llegó al Río Cuarto el indio Juan de las tolderías con proposiciones de paz. Aprovecharon pues, tan buena oportunidad y emprendieron la marcha. Era el mes de noviembre de 1867. Había transcurrido un año!

La caravana se componía de Doña Natividad, su marido Villarreal, el teniente Mercado y el indio Juan; cuatro caballos de carga con harina, azúcar, pan, tabaco y otras provisiones y prendas de ropa para obsequiar a los indios; además un buen número de yeguas con el mismo objeto y los caballos de tiro necesarios para mudar.

A las doce del día, dice Doña Natividad, después de encomendarse a Dios y a la Virgen, emprendió su marcha y a las tres horas del camino pararon a la costa de un arroyo conocido que le llaman *Arroyo del Sur*, para dar de beber a sus cabalgaduras, dejarles tomar aliento y apretar las cinchas a los que montaban. A las ocho de la noche llegaron a *Los Jagüeles* después de haber galopado mucho y allí acamparon y pasaron la noche sin novedad. (*Primera Jornada*).

Al otro día de madrugada continuaron su marcha y a las tres de la tarde encontraron una laguna llamada *El Poleo*, muy pantanosa. Allí tuvieron que detenerse y pasar la noche porque tanto el Teniente como el indio Juan sabían que no encontrarían agua sino después de una larga travesía, en que era preciso apurar los caballos (*Segunda Jornada*).

A la madrugada comenzaron su camino y al ponerse el sol llegaron a *Santo Tomás*, que es una laguna como de legua y media de largo y diez cuardas de ancho. El agua es buena. Esta laguna tiene barrancas de 2 a 3 varas de altura y está rodeada de médanos y montecitos de chañares pequeños. Es un lugar aparente para emboscarse los indios cuando vienen a sus malones y excelente para dar de beber y reparar la fatiga de las caballadas y haciendas. Allí

permanecieron tres días, porque los tomó un gran aguacero. No podían asar la carne que llevaban y tuvieron hambre (*Tercera Jornada*).

Habiendo cesado la lluvia y siendo ya de noche, al tercer día de haber campado en *Santo Tomás*, el indio Juan los asustó diciéndoles que oía galopes de caballos y que venía malón, efectivamente, algunos segundos después apercibió el teniente Mercado el eco de un galope lejano.

La noche era oscura, grupos de negras nubes pasaban veloces impulsadas por el viento pampero y a largos intervalos dejaban ver alguna estrella en el firmamento. Los montecitos de chañares se doblaban al impulso de las fuertes ráfagas. Reinaba el silencio aterrante del desierto. Los viajeros todos se echaron al suelo y oyeron distintamente el galope de caballos y el teniente Mercado llegó a asegurar que había oído hasta el ruido de espuelas. ¡Que terror para Natividad! El primer impulso fue recurrir a los caballos para huir pero luego reflexionaron que nada obtendrían con tal resolución ... breves instantes después no sólo era claro el ruido del galope sino que también apercibieron dos jinetes. El indio Juan saltó en su caballo y corrió a ellos dando voces, llamándolos pero los jinetes dieron vuelta y huyeron con precipitación ... Hasta el día de hoy han podido saber si eran indios o cristianos.

A causa de esa sorpresa resolvieron inmediatamente ponerse en marcha, para no ser hallados si esos jinetes fuesen parte de alguna gavilla que hubiese salido en seguimiento de la caravana para quitarles el dinero y la yeguada que arriaban.

En efecto, marcharon toda la noche y fueron a sujetar sus caballos a la margen del *Río Quinto* como a las diez de la mañana. Allí encontraron algún ganado vacuno rezagado, del que se les queda a los indios en sus invasiones. Enlazaron una ternera que carnearon y de ella comieron e hicieron provisión para su marcha. El agua del *Río Quinto* es amarga pero no tuvieron más remedio que beber de ella: estaba muy crecido, quizás por las lluvias de los días anteriores. De esta banda del río hay algunos árboles de distancia en distancia - la maciega y los pastos son muy altos - es un paraje peligroso por la abundancia de tigres. Permanecieron allí hasta el día siguiente, dejando secar sus empapadas ropas, descansando y dejando descansar a sus cabalgaduras (*Cuarta Jornada*).

Al día siguiente emprendieron el pasaje con mucho peligro, por lo crecido del río. Del carguero del Teniente Mercado se perdió la harina y la azúcar que después les hizo notable falta. El punto por donde pasaron el río tendría como media cuadra de ancho. Comenzaron a internarse en aquellas soledades y marcharon ese día hasta ponerse el sol, hora en que encontraron la *laguna María*. Esta laguna está rodeada de médanos, tiene buenos pastos pero el agua es amarga. Allí pasaron la noche. (*Quinta Jornada*).

Con la aurora del día siguiente comenzaron su camino. Esta jornada fue de las más penosas pues tuvieron que apurar los caballos y a pesar de esto, llegaron ya muy entrada la noche a *Loncomatre*, laguna de regular agua. Allí pernotaron. (*Sexta Jornada*).

Al amanecer pusiéronse a andar en dirección a *Lulepe*. Esta jornada es más larga que la anterior. *Lulepe* es un monte de molles, árboles muy altos. Allí

encontraron a un oficial como con 80 hombres, cristianos de los derrotados de San Ignacio. Tenían algún ganado y caballos. El oficial los favoreció mucho dándoles carnes y recomendaciones para los indios, recomendaciones que mucho les sirvieron. (*Séptima Jornada*).

Despedidos del oficial y su gente comenzaron a atravesar a aquel monte en el que hallaron una gran senda y bastante trillada, aunque en algunos puntos solo puede ir con comodidad un solo jinete. Es peligroso este trayecto por los tigres. Esta travesía se calcula en diez leguas. Después de pasar el monte, tuvieron que seguir sin detenerse hasta encontrar la aguada denominada *El Bagual* que es una laguna de muy buena agua. Cerca de ella hay corrales que fueron hechos por derrotados de San Ignacio, todavía encontraron cuatro cristianos cuidando una caballada. Allí hicieron noche. (*Octava Jornada*)

Al aclarar comenzaron su camino y a pocas horas de marcha hallaron un monte como el anterior que así mismo tuvieron que atravesar. Saliendo del monte se avistó el pasaje denominado *Médano Colorado*, donde esta la toldería de un capitanejo, cuyos indios son los más avanzados sobre nuestra línea de fronteras.

Era preciso pasar cruzando los dominios de esta tribu, sin ser vistos, porque podían quitarles los caballos y aún matar a los atrevidos exploradores de esas soledades. La travesía la hicieron de noche con felicidad y aunque no faltó indio que los sintiese, fue ya a destiempo y cuando entraban a los dominios del cacique Jacinto, cuyos indios se dicen amigos del Teniente Mercado. En esa toldería hicieron noche. (*Novena Jornada*)

### **La Capital, 15 de abril de 1869 N° 433** **Continuación**

En el siguiente día llegaron a *Lelú*, toldería del indio Mariano a quien tuvo Da. Natividad que pedir permiso para internarse. El indio Mariano la recibió con afabilidad y le concedió lo que solicitaba, pero al día siguiente cambió de determinación. Da. Natividad, afligida, cansada de los galopes y malas noches no pudo resistir y cayó enferma. Una cautiva cristiana llamada Juana que hace años está entre los indios asistiéndola con mucha bondad. Reestablecida a los cinco días solicitó una entrevista con el cacique Mariano, quien muy cortésmente le explicó las razones porque le había privado la marcha. Le dijo que esa tribu donde estaba su hija cautiva, se preparaba para dar un malón sobre la campaña de Buenos Aires, que eso lo había sabido horas después de otorgarle la licencia y que había dado contraorden porque podían tomarla por espía y no solo no sacaría a su hija, si no que estaba expuesta a que la matasen, que ya que los indios aquellos habían marchado y que podían seguir su camino.

Con este consuelo Da. Natividad aprovechó la noticia de saber que en esa tribu había un cristiano H. a quien escribió. Este tomó tanto interés que se vino y se ofreció a ayudarla en todo lo que pudiese. Al efecto lo acompañó haciendo con él una jornada de 15 leguas hasta *Poitaba*, toldería de Baigorrita (*Décima Jornada*).

El cristiano H. dudaba mucho del buen éxito que pudiera obtener la pretensión de Natividad, porque la joven Epifanía estaba en poder de un indio muy malo, llamado Llanquín, hermano del padre de Baigorrita.

Al fin había llegado Doña Natividad a la toldería donde estaba su hija. Averiguó cual era la cabaña donde se hallaba y la vio de lejos, pues los indios no les permitieron acercarse. Madre e hija se conocieron ... y ambas soltaron el llanto. Hacía un año que no se veían. Era el mes de Noviembre.

El indio Llanquín se negó primeramente a entregarla diciendo que no la daría por ningún precio. El cristiano H. que tanto sirvió a la infortunada madre logró convencer al indio para que entrase en arreglos. Pidió lenguaraz –aunque hablaba bastante bien el castellano –para poner alguna dificultad más: obtenido el lenguaraz se presentó Doña Natividad y regaló a la mujer del indio ropa de mujer que llevaba y algunas libras de azúcar, aros y otras prendas de adorno. Entonces pareció más razonable Llanquín y Doña Natividad deseosa de sacar pronto a su hija vació ante el indio la bolsa con los 400 pesos plata que llevaba: el indio los tomó y pidió más, entonces el cristiano H. le presentó dos hermosos caballos de pelea. Pidió más y le dieron 30 yeguas. No se dio aún por satisfecho y pidió a H. su pañuelo de seda de manos, sus estribos y espuelas de plata, un par de botas, un poncho y su tirador. Todo le fue dado a Llanquín. Doña Natividad recibió a su hija al ponerse el sol...!

Pero no habían terminado las aflicciones (*sic*) de Doña Natividad. Al día siguiente exigió Llanquín que el marido de Doña Natividad, don Marcos Villarreal le hiciese un corral para ovejas y que peona fuese la cautiva Epifanía. Fue preciso complacer a aquel amo y los cristianos trabajaron todo aquel día – el indio tenía cortada la madera – con tanto empeño cuanto les fue posible.

Al día siguiente antes de aclarar emprendieron la marcha, con bastante temor de que el indio Llanquín exigiese de los cristianos algún otro trabajo o que en su refinada malicia inventase algún pretexto para detenerlos.

Hicieron una marcha a gran galope, muy precipitada y esa noche no durmieron para hacer más camino. En seis días estuvieron de vuelta en el Río Cuarto.

.....

Dejamos a Doña Natividad Freytes de regreso en Río Cuarto después de su penosa expedición al desierto de donde gracias a su constancia, el amor de la madre había triunfado y coronado sus esfuerzos con un éxito feliz.

Pero quedaba en poder de los bárbaros su hijita Eusebia de seis años de edad. En su incursión ya había averiguado donde se hallaba y poco más o menos sabía que estaba en una tribu de las más agrestes, casi al pie de las cordilleras. El éxito de su primera expedición la incitó a hacer la segunda.

La madre que había rescatado a una hija no se hallaba contenta sin salvar a la otra. Proyecta una nueva expedición. Pero ¿cómo hacerla? ¿con qué recursos? Apenas se había tomado los días necesarios para el descanso de sus fatigados miembros cuando emprendió su viaje a Buenos Aires con el objeto de coleccionar fondos para su segunda expedición. Acompañada de su hija, la cautiva rescatada, llegó al Rosario, y un caballero residente en esta ciudad acogió el pensamiento de Da Natividad con caritativo empeño ayudándola en todo lo que pudo y obteniendo para esta heroica madre pasaje gratis hasta Buenos Aires.

Una vez en aquella gran ciudad obtuvo audiencia del Presidente Mitre quien la mandó al Ministerio de Guerra.

El Señor Ministro le facilitó el pasaje gratis para que regresase al Rosario pero no la ayudaron con un solo centavo para pagar el rescate de su hija ...!

En el Rosario, auxiliada por la persona que la había favorecido, comenzó a juntar una suscripción, cuyo producto empleó en prendas que fuesen del agrado de los indios y en su tránsito hasta el Río Cuarto fue colectando lo que la caridad pública le daba cuando ella refería sus padecimientos. A más de las prendas compradas tenía 200 pesos bolivianos.

Apenas llegó al Río Cuarto su primer diligencia fue solicitar la compañía del Teniente Mercado a lo que éste accedió y sabiendo que don Pedro Español pretendía rescatar también algunos cautivos, se asoció a él llevando en compañía a su marido Villarreal y a su yerno Paulino Cabral.

Partieron en mayo: su viaje fue feliz hasta llegar a *Santo Tomás* donde tuvieron la desgracia de que se le disparasen los caballos a consecuencia de la yeguada chúcara que llevaban para los indios. Tuvieron que esperar allí cuatro días hasta que regresó Don Pedro Español con caballos, por no haber podido encontrar yeguas en reemplazo de las perdidas en el desierto.

A los once días de marcha llegaron a la toldería del cacique Mariano. Este concedió la licencia para pasar adelante. Doña Natividad siguió adelante acompañada de su yerno y un indio de baqueano.

A los cuatro días de marcha desde la toldería de Mariano llegaron a *Quillén*. Allí tuvieron que entenderse con Manuel Alfonso, cautivo cristiano desde niño y cuyo odio a los cristianos es proverbial. Doña Natividad se acercó a él temerosa, más sus lágrimas y ruegos lograron ablandar a aquel salvaje, y atendió a las recomendaciones que Da. Natividad le presentó de personas que estimaba.

El temible Alfonso llamó a un indio de los más expertos de su tribu, para averiguar el paradero de su hijita Eusebia. El indio dijo que era probable que estuviese en la indiada de un capitanejo que estaba muy tierra adentro.

Como lloviese muy copiosamente tres días y nevase otros tres, a los seis días de forzoso hospedaje, marchó Doña Natividad acompañada del indio Alfonso y del indio Juan Villarreal que era el que daba noticias de la chica.

La casualidad de llamarse el indio Villarreal fue de gran importancia para Doña Natividad pues siendo los indios tan fatalistas y agoreros tuvieron por un acontecimiento favorable la coincidencia del apellido de Doña Natividad con el de Juan. Hicieron una amistad muy cordial.

En un solo día de marcha en el que galoparon sin cesar – como 20 leguas – por campo llano y de distancia en distancia algunos médanos; llegaron a la toldería del capitanejo en cuya tribu estaba la niñita Eusebia cautiva. Doña Natividad llegó enferma del gran galope.

El capitanejo recibió bien la caravana y su mujer lloraba reconociendo el gran trabajo y penurias que había pasado Doña Natividad por rescatar a su hijita y decía que si ella la tuviese la entregaría sin rescate.

El capitanejo llamó al indio que tenía la pequeña cautiva para que la entregase pero la mujer de aquel guerrero del desierto no quería entregarla porque había hallado en la pequeña una muy útil esclava para su servicio.

Fueron precisos ruegos y reflexiones para ablandar a aquella india pero triunfó de su tenacidad el aliciente de las prendas que Doña Natividad le puso de manifiesto. El rescate quedó arreglado, pero no le entregaron la niña. Quedó convenido que debían descuidar a la india y arrebatarle la criatura sin que la amara viese la operación.

De este nuevo rito no tenía conocimiento Doña Natividad pero Alfonso y Juan le respondieron que ellos arrebatrían la criatura.

Doña Natividad no da razón del número de indios de que se compone aquella tribu, ni de ninguna otra.

Dice que esta última toldería se extiende, a falta de unos médanos y recuerda que tuvieron que atravesar unas lagunas o bañados para llegar a aquel paraje en que no hay bosque, pero hay árboles para leña. Desde ese punto se divisan altas montañas muy cercanas, y recuerda que el indio Alfonso le dijo que la toldería en que se hallaba era la última y que al otro lado de los cerros habitaban otras naciones – los indios chilenos-.

El indio Alfonso arrebató a la niña Eusebia en la tarde del día siguiente. Acto continuo resolvió Doña Natividad ponerse en marcha.

Mientras se aprestaban los caballos, la niña Eusebia, más por señas que por palabras, se hizo entender y explicó a su madre que otra niña de poco más edad que ella había muerto en los días antes, cuando nevó, que la habían puesto a cuidar ovejas y que como llegase la noche y no volviese, salieron dos indios a buscarla y la trajeron muerta, dura de frío.

Al ponerse el sol emprendieron la marcha de regreso. A las once de la noche hicieron alto. Caminando todo el día siguiente llegaron a *Quillén*: de ese punto hasta el Río Cuarto emplearon ocho días.

Este viaje de regreso fue muy expuesto porque hallaron dos veces indios que hubieron de concluir con los viajeros. Las súplicas y el estado de miseria en que se hallaban los salvó.

Hallándose esta familia en mucha pobreza y aterrada por los sufrimientos que les han ocasionado los indios resolvieron salir de Río Cuarto y hoy se hallan domiciliados en Pergamino.

Agradecen a los que los han ayudado por medio del Diario *La Capital*.